

Un mapa crítico para leer a las escritoras hispanoamericanas: redes culturales y políticas de amistad en los siglos XIX y XX

PURA FERNÁNDEZ, ed. (2015). *No hay nación para este sexo. La Re(d)pública trasatlántica de las Letras: escritoras españolas y latinoamericanas (1824-1936)*. Madrid, Iberoamericana

 María Vicens

Desde la década de 1980 una serie de investigaciones ha ampliado de manera notable el área de estudios dedicada al mundo de la lectura y la escritura de mujeres en el contexto hispanoamericano del siglo XIX. Estos estudios plantearon problemáticas e interrogantes que funcionaron como verdaderas matrices críticas para adentrarse en ese universo político-cultural de dimensión intercontinental. La división de las esferas pública y privada y el modo en que estas dimensiones fueron pensadas por los hombres y las mujeres de letras del período para organizar la vida cultural de su tiempo; el discurso de la domesticidad y de la maternidad republicana; la expansión de la alfabetización y su especial vínculo con el mundo de la moral y la instrucción en el caso de la lectura femenina; y, finalmente, los progresivos reclamos de derechos civiles y políticos para las mujeres han operado como las directrices básicas para analizar el campo de las escritoras hispanoamericanas del período y las diversas formas a través de cuales intervinieron en los debates suscitados en las escenas culturales de sus respectivos países.

Estos primeros aportes críticos tuvieron el rol fundamental de rescatar del archivo figuras y obras que se habían visto marginadas en su mayoría del canon literario hispanoamericano durante gran parte del siglo XX y de visibilizar a escritoras olvidadas a partir de investigaciones que, a su vez, funcionaron como trabajos fundacionales de un campo crítico todavía en construcción. Libros como los de Lily Sosa de Newton (1967, 1986), Néstor Auza (1988), Jean Franco (1989), Susan Kirkpatrick (1989, 2003), Isabelle Tauzin Castellanos (1989), María de Carmen Simón Palmer (1992), Cristina Iglesia (1993), Lea Fletcher (1994), Susana Zanetti (1994, 2003), Francesca Denegri (1996), Francine Masiello (1994, 1997), Íñigo Sánchez Llama (2000), Ismael Pinto Vargas (2003), Graciela Batticuore (1999, 2005) y Ana Peluffo (2005) tuvieron la particularidad de abrirse paso y delinear un camino en estos nuevos territorios vinculados con la autoría femenina y la

impronta marcada por estas precursoras. Asimismo, construyeron, gracias a sus relevamientos archivísticos y sus propuestas de análisis, una genealogía crítica específica con la cual hoy podemos dialogar, repensando sus premisas y ampliando los objetos de estudio de ese mundo complejo y diverso que presenta el campo de las letras hispanoamericanas.

Este es precisamente el punto de partida de *No hay nación para este sexo*, tomo colectivo editado por la investigadora española Pura Fernández que retoma gran parte de las problemáticas político-culturales relacionadas con estas escritoras decimonónicas para repensarlas en un contexto de múltiples diálogos trasatlánticos y cosmopolitas, como el que se instaló y expandió en el mundo hispanoamericano entre mediados del siglo XIX y las primeras décadas del XX. Lo *transnacional* opera como la premisa crucial de esta propuesta, enfocada en las diversas vías que estas mujeres ilustradas encontraron para contactarse entre sí y con colegas hombres más allá de las fronteras de sus países, dar a conocer sus escritos y ser reconocidas como autoras. Por esto motivo, la frase de la célebre poeta española Carolina Coronado, citada al comienzo del libro y que inspira el título de la publicación –“Pero, os digo compañeras, / Que la ley es sola de ellos, / Que las hembras no se cuentan / Ni hay nación para este sexo”–, apunta de manera directa y certera al epicentro de los problemas en torno a la autoría femenina que circularon en este escenario trasatlántico durante el período y que el presente volumen ubica en primer plano. Todavía marginadas en su mayoría de las instituciones de legitimación cultural y destinatarias de discursos que, aún a principios del siglo XX, postulaban a la domesticidad como la misión principal de las mujeres en la sociedad, la nación para las mujeres de letras de la época emergía como un ideal y un problema; como una noción que las interpeleaba desde el punto de vista identitario, pero también limitaba sus posibilidades de participar y ser reconocidas en la esfera pública.

A modo de contracara, y como una forma de sobreponerse a estos obstáculos, emergieron lo que Pura Fernández denomina “puentes trasatlánticos” (2015: 13); es decir, prácticas de publicación y legitimación recíprocas construidas a partir de la lengua, la religión y la historia –con sus tensiones, rencores y claroscuros– compartidas. Estas interlocuciones diseñaron, según destaca la crítica española, un ámbito de participación pública que trascendió de las fronteras de cada país y construyó un mapa transnacional, propulsado por la expansión de la prensa, la correspondencia y la organización de ámbitos de socialización privados y públicos como las tertulias, los ateneos y clubes. Además de constituir el ámbito principal donde circulaban las obras de las escritoras del período y de funcionar como un campo de pruebas para ensayar diversos géneros literarios y propuestas estéticas, estos “puentes trasatlánticos” ofrecieron un aporte fundamental para las mujeres de letras de la época: visibilizaron la figura de la escritora en un contexto hispanoamericano de modernización y cosmopolitismo.

En este punto, la noción red emerge como una herramienta teórica nodal en los trabajos que integran el volumen. Su carácter elástico, poroso, policéntrico y coral, como han señalado Álvaro Fernández Bravo y Claudio Maíz en *Episodios en la formación de redes culturales en América Latina* (2009), resulta particularmente eficaz para pensar coyunturas como las que se instalan a ambos lados del Atlántico durante el período. Si bien estos intercambios y diálogos interurbanos, que eclosionaron con particular intensidad en el campo letrado hispanoamericano de finales del siglo XIX y principios del XX, han sido retomados por la crítica especializada a partir de aportes como los de Susana Zanetti (1994), Ángel Rama (1995) y Josefina Ludmer (2005), el presente volumen realiza una importante contribución a este panorama, al concentrar su análisis en el lugar que las mujeres de letras ocuparon en ese mundo de coaliciones, alianzas y vínculos de religación. También ilumina un área de estudios de amplia expansión en los últimos años relacionada con las escritoras decimonónicas y las políticas de amistad desplegadas por ellas en forma transnacional, gracias a trabajos como los de Marina Camboni (2004), Carolina Alzate y Darcie Doll (2014), Ana Peluffo (2005, 2015), y la propia Fernández, quien ya había presentado algunas de estas cuestiones críticas en *La mujer de letras o la letraherida. Discursos y representaciones sobre la mujer escritora en el siglo XIX* (2008), libro colectivo co-editado con Marie Linda Ortega. Además de tomar el concepto de red como una categoría articuladora del campo de las letras femeninas hispanoamericanas, estas investigaciones también comparten su interés por la noción de “sororidad literaria” para examinar los

modos en que las escritoras del período se relacionan entre sí a partir de diferentes apuestas y estrategias de legitimación. Estas nuevas modalidades de socialización y publicación, como destaca Fernández en su introducción a *No hay nación para este sexo* (2015), “desnaturalizan la nación como forma hegemónica de organizar el espacio” (18) y construyen “una hermandad que no excluye rivalidades ni el afán por la preeminencia literaria, pero que se erige en unas prácticas fundadas en las alusiones cruzadas a las obras de las demás escritoras” (19), homenajes e intercambios de materiales periodísticos que van edificando “una nueva autoridad legítima” (19) en paralelo a las instituciones canónicas.

Con estos ejes de análisis como premisas, *No hay nación para este sexo* delinea un amplio panorama crítico sobre las escritoras del siglo XIX y principios del XX que ofrece una mirada actual y en diálogo con propuestas anteriores, además de una diversidad de temáticas, enfoques y propuestas, dinamizada en gran medida por su carácter colectivo. Una primera clasificación de los trabajos incluidos en el volumen destaca, por ejemplo, los análisis que se enfocan de manera puntual en una autora latinoamericana o española, como los de Akiko Tsuchiya sobre Faustina Sáez de Melgar, Aurélie Vialette sobre Concepción Gimeno de Flaquer, Pablo Mora sobre Laura Méndez de Cuenca y Mariselle Menéndez sobre Clorinda Matto de Turner. Estos aportes se concentran, ya sea en los proyectos periodísticos que desarrollaron estas mujeres de letras (como en el caso de los dos primeros) y el modo en que estas publicaciones funcionaron como una instancia crucial de afirmación autoral para sus directoras, o en el mundo de las escritoras viajeras (como el caso de los dos últimos) y los contactos establecidos en esos itinerarios para promoverse por fuera de las fronteras nacionales.

Otra zona del libro privilegia los problemas y fenómenos específicos que propone esta amplia república letrada trasatlántica, como, por el ejemplo, el estudio de William Acree sobre la influencia de la costura y otro tipo de prácticas tradicionalmente femeninas en el contexto revolucionario del Río de la Plata, así como las ideas propuestas por Noël Valis en torno a las escritoras románticas españolas y estadounidenses y las relaciones de patronazgo que establecieron con sus pares masculinos para visibilizar sus obras. Asimismo, el estudio de María Nelly Goswitz sobre las Veladas Literarias organizadas por Juana Manuela Gorriti y la importancia de este ámbito como un espacio de legitimación de la escritora de alcance continental y las investigaciones de Ángeles Ezama Gil y de Javier Lluich-Prats acerca de la eclosión del asociacionismo

femenino en España y Argentina en los inicios del siglo XX apuntan en una dirección similar, al recortar aspectos y problemáticas que atravesaron la configuración de la autoría femenina durante el período, en lugar de examinar trayectorias, obras o proyectos específicos de una autora en particular. El mismo camino crítico siguen los aportes de Ana Cabello y Christine Rivalan Guégo –centrados en las colecciones de literatura seriada, la emergencia del público masivo y la presencia de mujeres en ese incipiente mundo profesionalizado–, y las reflexiones de Carmen Rodríguez Martín sobre los diversos obstáculos que encontraron las escritoras y artistas argentinas vinculadas con las vanguardias de la década de 1920, pese al clima de liberalidad que estas mismas agrupaciones defendían.

Por último, son lúcidos y novedosos los aportes de Maryellen Bieder sobre Emilia Pardo Bazán y las políticas de amistad que desplegó con otras mujeres letradas del período, así como el análisis de Ana Peluffo sobre el uso del concepto de red para pensar en el campo letrado femenino de entresiglos. Una perspectiva similar presentan los trabajos de Marcia Castillo Martín sobre la extendida correspondencia que mantuvieron las escritoras españolas del 27 y el de Claudia Cabello-Hutt sobre las estrategias de promoción trasatlánticas que Gabriela Mistral compartió con colegas españolas como Carmen Conde y Concha Espina, al mostrar un universo letrado femenino variado, múltiple y dinámico. En un mundo atravesado por el cruce entre la intimidad, las emociones y las políticas de amistad, las mujeres de letras a ambos lados del Atlántico se esforzaron por legitimarse mutuamente y encontrar en esa hermandad femenina un punto de apoyo para participar en un campo cultural tensionado por la política y los discursos más conservadores que insistían en rechazar la creciente participación femenina en la esfera pública, al mismo tiempo que sus aspiraciones profesionales tensionaron esos vínculos sororales, no exentos de rivalidades y enfrentamientos. En este sentido, uno de los rasgos centrales que

comparten estos análisis, junto con los trabajos mencionados en los párrafos anteriores, es su vocación por repensar categorías tradicionalmente utilizadas para indagar en esa república de las letras femenina del siglo XIX –como las figuras del ángel del hogar y la madre republicana– y reencuadrarlas en diálogo con las aspiraciones profesionales y modernizadoras que estas escritoras expresaron, sobre todo en privado, así como con la dimensión continental que sus iniciativas alcanzaron, fortaleciendo un imaginario común en torno a la figura de la mujer de letras.

Los volúmenes colectivos siempre implican un desafío en relación con la heterogeneidad de temáticas y obras que proponen, así como en la variabilidad de tonos, enfoques y líneas de análisis que cada autor o autora puede desarrollar al interior de su argumentación. Frente a este panorama, se necesita una mirada global y abarcadora como la que Pura Fernández propone en la introducción del volumen, que, además de dar cohesión y solidez a ese conjunto de propuestas, sea capaz de leer los problemas centrales de un campo crítico en construcción como el de las escritoras hispanoamericanas del período, sus propuestas emergentes y aportes fundacionales. Esta mirada unificadora que ofrece ese primer trabajo de Fernández es clave, ya que, como señala Franco Moretti en *Atlas de la novela europea* (2001), una de las principales tareas de la crítica literaria a la hora de proponer un recorte específico o una cartografía es trazar un diseño “con la esperanza de que el mapa sea más que la suma de sus partes” (13). En este punto, *No hay nación para este sexo* responde con creces a la premisa del crítico italiano, al mostrar, no solo un mapa repleto de novedades vinculadas con las mujeres letradas y el pasado hispanoamericano, sino también propuestas e interrogantes que sin duda abren nuevos recorridos críticos en torno a la autoría femenina e invitan a aventurarse en los territorios todavía inexplorados de esa república trasatlántica de las letras.